

La noche, cómplice del proceso creativo

Rubí Frausto Troncoso

Soy un cuerpo que escribe — inerte en todas sus partes menos en esa que lo vuelve presente —, la que lo describe inerte, sumido en el sopor de la oscuridad y el sentimiento de la nada oponen al deseo siempre insatisfecho de un espectáculo puro: la representación de algo dentro del escenario de la nada que es la noche íntima; la noche del cuerpo [...]

«Anoche», Salvador Elizondo

El ser humano tiene diversas necesidades, entre ellas las fisiológicas, la comunicación, la participación, la interrelación con los demás; sin embargo, para algunos individuos existe una necesidad artística relacionada con la filosofía, la historia, la psicología, la pintura y demás áreas sociales, es decir, la necesidad de contarse a sí mismos y contarse a los demás por medio de la lectura y, posteriormente, la escritura. Aquí participa la acción del proceso creativo para el artista literario.

Para ejecutar dicha necesidad, el escritor requiere de cómplices, quienes pueden ser los objetos, las personas, los recuerdos, los sentimientos o la naturaleza. La noche es pertinente, como lo menciona Salvador Elizondo en su obra *Anoche*, puesto que «No hay más que dos posibilidades asequibles al funcionamiento fronterizo del cuerpo: una operación manual y una operación mental. [...] La mente y la mano se vuelven en la oscuridad la misma cosa».¹ Es decir, la mente y la mano se fusionan por medio de la noche para perpetuar su trabajo a través de la escritura.

El artista, al enfrentarse con la escritura, provoca a la mente para que trate de permanecer activa; o sea: atenta con aquello que el escritor recuerda, piensa y reflexiona. En la majestuosidad de la noche se combinan, incluso, aquellas situaciones, acontecimientos, sentimientos, deseos e imágenes que están en lo recóndito, en el inconsciente y el interior del alma del artista.

La noche es perfecta, permite al creador encontrarse con la oscuridad, el silencio, la paz, la quietud y la infinitud donde existe una reflexión personal. No solo la noche exterior, sino que

¹ Salvador Elizondo, «Anoche», en *Ensayo literario mexicano*, UNAM, México, 2008, p. 246.

también la interior son indispensables en este proceso, puesto que la noche interior es quien establece y genera nuevas perspectivas literarias. La mano espera indicaciones de la mente y está lista para comenzar su trabajo. Aspectos como las sensaciones, las emociones, los anhelos y las experiencias también son partícipes en la nueva obra. Todos estos elementos pueden retomarse en consideración de antaño o en la época contemporánea, finalmente es lo que el autor quiera plasmar y transmitir a los demás.

Entre las dificultades que puede tener el artista es que «La pluma traza un rasguído sobre el papel, pero la pluma obedece todavía la señal de los metacarpos y las falanges; al volver la hoja aparece el desierto».² El desierto de la incertidumbre es el que puede permitir el acceso a la imaginación y la creatividad. El papel y la mente en blanco impiden la activación de la mano para escribir una nueva dimensión literaria. Para superar esta situación es indispensable que el autor salte este obstáculo a través del atrevimiento, un atrevimiento a plasmar la primera idea que envíe la mente.

En el aparato psíquico empieza la construcción de nuevas ideas, las cuales se van ordenando para que en un momento determinado la mano inicie su labor. El texto es finito, termina cuando estas partes compañeras (la mente y la mano) lo deciden, ya que el trabajo es recíproco. La oscuridad es testigo y benefactora para la nueva creación, pero al mismo tiempo que brinda su ayuda, tiene que realizar su trabajo porque entran en el escenario el sueño y junto con este, el descanso, pues existe un momento en que los párpados del creador comienzan a cerrarse, impidiendo que el trabajo llegue a su fin.

El sueño es otro de los factores influyentes para la nueva creación, debido a que «Si fuera posible cuidar los sueños —la sinceridad de los sueños— como se cultiva una flor ¡cuántos especímenes aberrantes y prodigiosos obtendríamos con sólo poner nuestra atención *fijamente* en ello!».³ Pero la obra queda en pausa. El sueño actúa sobre el cuerpo, pide descanso absoluto (físico y mental) para, más tarde, recuperar fuerzas y continuar con la obra inconclusa.

Gracias a la inspiración del artista, durante la noche, es posible establecer una conexión entre autor-lector porque esos anhelos, frustraciones, sentimientos, ideales y opiniones, plasmados en la nueva creación literaria, van a ser compartidas, entendidas y valoradas, tal vez, también, en el silencio de la oscuridad nocturna en el que se encuentre el receptor. El protagonista de este nuevo escenario (noche, escritor y texto creativo) es el lector porque tendrá acceso a otro nuevo mundo literario.

No solo la mente y la mano sino todo el cuerpo van a ser víctimas de la noche porque está por caer en los estados de vigilia-sueño y muerte-vida. Está sumergido en el aposento de las tinieblas nocturnas. Más tarde este despierta de ese letargo en el que ha caído, recordando el trabajo inconcluso; retoma su labor, cuyo recuerdo es la noche, quien además es su cómplice eterna.

Fuentes

Elizondo, Salvador, «Anoche», en *Ensayo literario mexicano*, selección John S. Brushwood, Evodio Escalante, Hernán Lara y Federico Patán, UNAM, México, 2008, pp. 243-251.

² *Ibidem*, p. 243.

³ *Ibidem*, p. 244.